



OBRAS EN PROSA

FESTIVAS Y SATÍRICAS

DE

D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

---

PUBLICACIONES ILUSTRADAS DE LA MARAVILLA.

---

**BARCELONA.**

—♦—  
SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,  
CALLE DE AVIÑÓ, NÚMERO 20.



# DEDICATORIA

**A ninguna persona de todas cuantas Dios crió en el mundo.**

Habiendo considerado que todos dedican sus libros con dos fines, que pocas veces se apartan: el uno, de que la tal persona ayude para la impresion con su bendita limosna; el otro, de que ampare la obra de los murmuradores; y considerando (por haber sido yo murmurador muchos años) que esto no sirve sino de tener dos de quien murmurar: del necio, que se persuade que hay autoridad de que los maldicientes hagan caso; y del presumido, que paga con su dinero esta lisonja; me he determinado á escribille á trochimoche, y á dedicarle á tontas y á locas, y suceda lo que sucediere. Quien le compra y murmura, primero hace burla de sí, que gastó mal el dinero, que del autor, que se le hizo gastar mal. Y digan y hagan lo que quisieren los mecénas, que como nunca los he visto andar á cachetes con los murmuradores sobre si dijo ó no dijo, y los veo muy pacíficos de amparo, desmentidos de todas las calumnias que hacen á sus encomendados, sin acordarse del libro del duelo, — más he querido atreverme que engañarme. Hagan todos lo que quisieren de mi libro, pues yo he dicho lo que he querido de todos. A Dios, Mecénas, que me despido de dedicatoria.

Yo.

## Á LOS QUE HAN LEIDO, Y LEYEREN.

Yo escribí con ingenio facinoroso en los hervores de la niñez, más há de veinte y cuatro años, los que llamaron sueños míos, y, precipitado, les puse nom-

bres más escandalosos que propios. Admítaseme por disculpa que la sazón de mi vida era por entónces más propia del ímpetu que de la consideración. Tuve facilidad en dar traslados á los amigos; mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles á la imprenta; y así, los dejé con desprecio. Cuando por la ganancia que se prometieron de lo sabroso de aquellas agudezas, sin enmienda ni mejora, algunos mercaderes extranjeros las pusieron en la publicidad de la imprenta, sacándome en las canas lo que atropellé ántes del primero bozo; y no solo publicaron aquellos escritos sin lima ni censura, de que necesitaban, ántes añadieron á mi nombre tratados ajenos, añadiendo en unos y dejando en otros muchas cosas considerables;—yo, que me ví padecer no solo mis descuidos, sino las malicias ajenas, doctrinado del escándalo que se recibía de ver mezcladas véras y burlas, he desagaviado mi opinion, y sacado estas manchas á mis escritos, para darlos bien corregidos, no con ménos gracia, sino con gracia más decente, pues quitar lo que ofende, no es disminuir, sino desembarazar lo que agrada. Y porque no padezcan las demasías del hurto que han padecido los demas papeles, saco de nuevo el de la *Culta latiniparla* y el *Cuento de cuentos*, en que se agotan las imaginaciones que han embarazado mi tiempo. Tanto ha podido el miedo de los impresores, que me ha quitado el gusto que yo tenia de divulgar estas cosas, que me dejan ocupado en su disculpa, y con obligacion á la penitencia de haberlas escrito. Si vuesamerced, señor lector, que me compró facinoroso, no me compra modesto, confesará que solamente le agradan los delitos, y que solo le son gustosos discursos malhechores.

## ADVERTENCIA DE LAS CAUSAS DESTA IMPRESION.

DON ALONSO MESSIA DE LEYVA.

Habiendo visto impresos en Aragon, y en otras partes fuera del reino, con nombre de *don Francisco de Quevedo Villegas* estos discursos, con tanto descuido y malicia, que entre lo añadido y olvidado, y errores de traslados é imprenta, se desconocian de su autor; y más teniéndolos yo trasladados de su original, determiné, dándole cuenta, de restituirlos, limpiándolos del contagio de

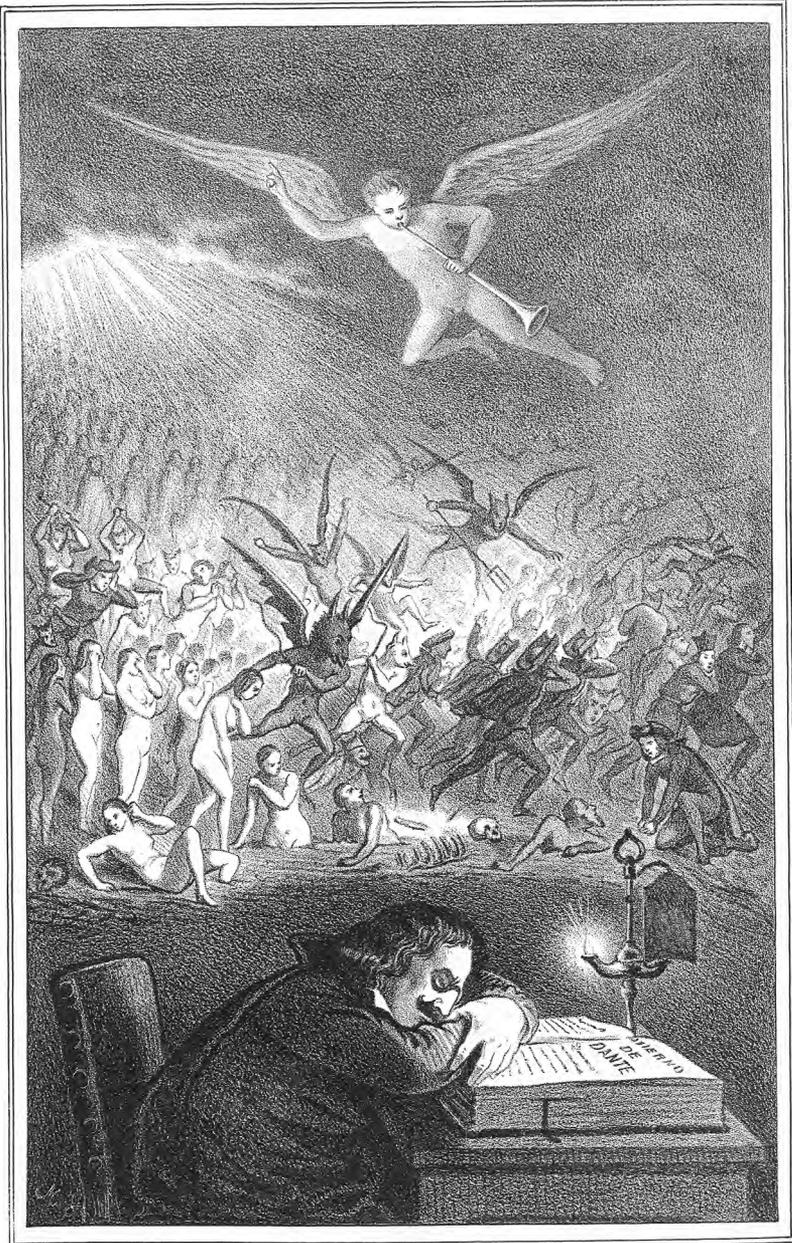
tantos descuidos, porque se vea cuán de otra suerte en su primera edad juzgaba con la pluma, sin apartarse de la enseñanza. Y es cierto no consintiera hoy esta impresión, á no hallarse obligado por las muchas que destos propios tratados se han hecho en toda la Europa, tan adulteradas, que le obligaron á pedir al tribunal supremo de la Inquisicion las recogiese, imitando en esta modestia (aunque tan diferente) á Enéas Silvio, que despues de pontífice, mandó recoger algunas obras de este estilo que habia divulgado en la mocedad. Salen enteras (como se verá en ellas) con cosas que no habian salido, y en todas se ha excusado la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura, y alguna licencia que no era apacible; que aunque hoy se lee uno y otro en el Dante, *don Francisco* me ha permitido esta lima; y aseguro en su nombre que procurará agradar á todos, sin ofender á alguno: cosa que en la generalidad con que trata de solo los malos, forzosamente será bien quisto; sujetándose á la censura de los ministros de la santa Iglesia romana en todo, con intento cristiano y obediencia rendida.

---

*Estos discursos en la forma que salen corregidos, y en parte aumentados, conozco por míos, sin entremetimiento de obras ajenas que me achacaron; y todo lo pongo debajo de la correccion de la santa Iglesia romana, y de los ministros que tiene señalados para limpiar errores y escándalos de las impresiones. Y desde luego con anticipado rendimiento me retrato de lo que no fuere ajustado á la verdad católica ó ofendiere á las buenas costumbres.*

---





Lit. Abada. Repinoris 12

Riérame sino me lastimara el afan con que una gran chusma  
de escribanos andaba huyendo de sus orejas.



# EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS.

---

AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

A manos de vucelencia van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vucelencia para honra de nuestra edad.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

---

## DISCURSO.

Los SUEÑOS dice Homero que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos:

*Nec tu sperne piis venientia somnia portis.  
Quum pia venerunt somnia, pondus habent.*

Dígolo á propósito que tengo por caído del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fue causa

de soñar que veía un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun por sueños), le hubo en mí por la razón que da Claudiano en la prefación al libro segundo del *Rapto*, diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de día. Y Petronio Arbitro dice:

*Et canis in somnis leporis vestigia latrat.*

Y hablando de los jueces:

*Et pavido cernit inclusum corde tribunal.*

Parecióme, pues, que veía un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el són obediencia en los mármoles, y oídos en los muertos; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fue breve), vi á los que habian sido soldados y capitanes levantar-se de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos, con ansias y congojas, recelando algun rebato; y los dados á vanidad y gula, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocia yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Despues noté de la manera que algunas almas huían, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo, y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponía las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venia bien el alma y quiso decir que no era suya por descartarse della. Despues, ya que á noticia de todos llegó que era el día del juicio, fue de ver cómo los lujuriosos no querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los piés en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar léjos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado) si habian de resucitar aquel día todos los enterrados, si resucitarían unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afán con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oír lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más. Pero lo que más me espantó fue ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habian vestido las almas del reves, y tenían todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veía todo esto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis piés que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar las cabezas muchas mujeres hermosas, llamándome descortes y grosero porque no habia tenido

más respeto á las damas (que aun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego, conociendo que era el dia de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que habia sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que habia sido pública ramera, por no llegar al valle no hacia sino decir que se le habian olvidado las muelas y una ceja, y volvía y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fue tanta la gente de los que habia ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndole que aquella no era gente de cuenta aun en aquel dia. Divirtiome desto un gran ruido que por la orilla de un rio venia de gente en cantidad tras un médico, que despues supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que habia despachado sin razon ántes de tiempo, y venian por hacerle que pareciese, y al fin, por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oi como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo habia sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacia muchas veces. Llegueme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios se las habian untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante de la universal residencia. Era de ver una legion de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traian á la audiencia una muchedumbre de tabernereros, sastres y zapateros, que de miedo se hacian sordos; y aunque habian resucitado, no querian salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza, y preguntóles que adónde iban; y respondieronle:

—Al tribunal de Radamanto; á lo cual, metiéndose más adentro, dijo: Esto me ahorraré de andar despues, si he de ir más abajo. Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo:

—Harto es que sudeis el agua, y no nos la vendais por vino. Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacia sino decir:

—¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre? Y los otros le decian (viendo que negaba haber sido ladron) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podian entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gatos del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venia la Locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y valientes, gente en todo ajena deste dia: pusiéronse á un lado. Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenian, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin vi hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos: los piadosos, en qué gracias le darian, cómo rogarían por sí; y los malos, en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenían que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjetas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos aun tenían algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decía la peste que ella los había herido; pero que ellos los habían despachado. Las pesadumbres, que no habían muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habían enterrado habían ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decían que ellos habían muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luego salía uno dellos, y en alta voz decía: Ante mí pasó á tantos de tal mes, etc.

Pilatós se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se entraban algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desaforado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo:

—Esta es la carta de exámen. Admiráronse todos: dijeron los porteros que quién era; y él en altas voces respondió: Maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo; y, sacando unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronsele en el suelo por descuido los testimonios, y fuéron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: Esta de puño es irreparable, y pues enseñó á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran en mula, pasaran por médicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta. Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó qué nuevas tenía de su alma. Pidióronle no sé qué cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuése; y diciendo: Entre otro, se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro: Despenseros son; y otros dijeron: No son; y otros: Sison; y dióles tanta pesadumbre la palabra sison, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscara su abogado, y dijo un verdugo:

—Ahí está Júdas, que es apóstol descartado. Cuando ellos oyeron esto, vol-

viéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron:

—Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego. El verdugo, como buen jugador, dijo:

—¿Partido pedís? No teneis buen juego. Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venian tras de un malaventurado pastelero no se oyeron jamas de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les habia acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si queria ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusacion decia no sé qué de gato por liebre; tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fueron juzgados filósofos, y fue de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvacion. Mas lo de los poetas fue de notar, que de puro locos querian hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *Sicelides musæ*, diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecénas y Octavia, y que habia mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traia por ser día de más fiesta: contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demas, por hacerseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fue preguntado qué queria, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los habia guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre habia sido por muy grande interes; y que así no habia sido en vano. Guardar las fiestas: estas, y aun los dias de trabajo, guardaba y escondia. Honrar padre y madre: siempre les quitó el sombrero. No matar: por guardar esto no comia, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio:

—Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento, que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te levantarás á tí mismo. Enfadóse el avariento, y dijo:

—Si no he de entrar no gastemos tiempo (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecia. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fue de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Júdas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusacion los verdugos, y no la hacian en los procesos que tenian hechos de sus culpas, sino con los que ellos habian hecho en esta vida. Dijeron lo primero:

—Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos. Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularian algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargo, que se acabó en:

—Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo. Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demas dijeron los verdugos:

—Ya entienden. Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartia orejas de lo que no se habia dicho y ojos de lo que no habia sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Júdas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarron. Lutero decia:

—Lo mismo hago yo escribiendo. Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habian traído, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenia las copias:

—Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste dia. Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hablaba por su cuenta que habian sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con esto habia hecho liga con una peste y habia destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daca mis muertes y toma las tuyas. Fue condenado un abogado porque tenia todos los derechos con corcovas, cuando descubierto un hombre que estaba detras deste á gatas porque no le viesen, y preguntando quién era, dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó:

—Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay. Juró de irse, fuése sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fueron acusados de que habian muerto mucha cantidad de sed á traicion, vendiendo agua por vino. Estos venian confiados en que habian dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habian vestido niños; y así, todos fuéron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro:

—¿Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito. Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro:

—Todos los demas hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ajeno y todo. Pronuncióse la sentencia contra ellos: yo no la oi bien, pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer queria competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traia

un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenia cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo:

—De codicia es el mancebo para el infierno. Preguntáronle qué pretendia, y respondió:

—Ser salvado; y fue remitido á los verdugos para que le moliesen; y él solo reparó en que le ajarian el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo:

—Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo. Todos esperaban ver un Diocleciano ó Neron, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristan que azotaba los retablos; y se habia ya con esto puesto en salvo, sino que dijo un ministro que se bebia el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habian muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alforzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habian sido devotas de su nombre aquellas; que las amparase. Y replicó un ministro que tambien fueron enemigas de su castidad.

—Sí por cierto, dijo una que habia sido adúltera; y el demonio la acusó que habia tenido un marido en ocho cuerpos; que se habia casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, y iba diciendo:

—¡Ojalá supiera que me habia de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras! En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Júdas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Júdas, Lutero y Mahoma, dijeron cada uno que él; y corrióse Júdas tanto, que dijo en altas voces:

—Señor, yo soy Júdas, y bien conoceis vos que soy mucho mejor que estos, porque si os vendí remedié al mundo, y estos, vendiéndose á sí y á vos, lo han destruido todo. Fueron mandados quitar delante; y un abogado que tenia la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fue de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron:

—Aquí lo damos por condenado; no es menester nada. No bien lo dijeron, cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habian engañado, que no habia de ser aquel dia el del juicio, porque Saturno no habia acabado sus movimientos, ni el de trepidacion el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo:

—Ya os traeis la leña con vos, como si supiérades que de cuantos cielos habeis tratado en vida estais de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os iréis al infierno.

—Eso no iré yo, dijo él.

—Pues llevaros han; y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, oi mucho ruido y quejas en la tierra. Llegúeme por ver lo que habia, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tantas leyes como caldos: un escribano, comiendo solo letras, que no habia solo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un original, y un boticario en una medicina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fue mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vucelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.



...y al echarle agua bendita comenzó a huir y a dar voces.



# EL ALGUACIL ALGUACILADO.

**AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.**

Bien sé que á los ojos de vuecelencia es más endemoniado el autor que el sugeto: si lo fuere tambien el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vuecelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrézcole este discurso del *Alguacil Alguacilado*: recíbase vuecelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesion que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vuecelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta órden divide Psello en el capítulo 2.º del *Libro de los demonios*) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuátiles; los quintos, subterráneos; los sextos, lucífugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres; los aéreos son los soplones, que dan viento; ácueos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va*, fuera de tiempo; y son ácueos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucífugos, los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que están debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de tierra sacan qué acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.